

Reflecting on what it means to be Christian



Long ago, in fact, in the early second century, Christianity was a very new religion.

Its appearance in society caused some to be skeptical about its motives and others to be hateful of them for their reluctance to engage in and enjoy established customs and mores.

Still, others overtly harassed, caused harm, had them imprisoned as enemies of the state and even imposed the death sentence upon these “traitors” and confiscated any property that they might have had, especially if they were wealthy and noteworthy citizens.

In the midst of this “era of ill feeling,” a well-educated person sent a letter of inquiry to an equally well-educated person, asking pointed questions about this new religion.

The former was a pagan, and the latter was a bona fide Christian.

While history does not have the original letter of inquiry, the response to that letter has been

preserved and continues today to be an exquisite insight into the depth and conviction of a true believer and disciple of Jesus Christ, even in, and especially in, a hostile and dangerous environment.

Known as the *Letter to Diognetus*, scholars admit that it does indeed date from the early second century. The author, though not named, responds with this first-hand description of the beliefs, motives, ideology and manner of life of a Christian.

In light of our observance of All Souls’ Day and the coming seasons of Advent and Christmas, we might find here the key to life after death and, even now, peace on earth:

“For the Christians are distinguished from other men neither by country, nor language, nor customs which they observe.... They dwell in their own countries but simply as sojourners. As citizens, they share in all things with others, and yet, endure all things as if foreigners. Every foreign land is to them as their native country, and every land of their birth is a land of strangers. They marry, as do all (others); they beget children; but they do not destroy their offspring.

They have a common table, but not a common bed They pass their days on earth, but they are citizens of Heaven. They obey the prescribed laws, and at the same time surpass the laws by their lives. They love all men and are persecuted by all. They are unknown and condemned; they are put to death, and restored to life. They are poor, yet make many rich. They are dishonored, and yet, in their very dishonor are glorified. ... To sum up all in one word — what the soul is to the body, Christians are in the world. The soul is dispersed through all the members of the body, and Christians are scattered through all the cities of the world. The soul dwells in the body, yet is not of the body; and Christians dwell in the world, yet are not of the world. ... The immortal soul dwells in a mortal tabernacle; and Christians dwell as sojourners in corruptible bodies, looking for an incorruptible dwelling in the heavens. ... Christians, though subjected day by day to punishment, increase the more in number. God has assigned them this illustrious position, which it were unlawful for them to forsake.”

There are many more paragraphs that comprise the *Letter to Diognetus* but, for me, these few thoughts inspire me to confidence in God and the holy wisdom of Jesus in His living among us visibly on earth and now invisibly with us until He returns in glory. Our religion is not to be a tool of power or what the world might consider success.

The Second Commandment says clearly, “Thou shalt not take the name of the Lord thy God in vain,” in other words, which means never invoking religion as a means to a worldly end.

And so, in these days we think of Jesus’ life and teachings as the way that leads human beings into a way of living that has depth of meaning; a life of completion in authentic nobility; a path of blessed rest and peace on earth. ■



Bishop Peter A. Libasci, D.D., is the Tenth Bishop of the Diocese of Manchester.

Reflexionar sobre lo que significa ser cristiano

Hace mucho tiempo, de hecho, a principios del siglo II, el cristianismo era una religión muy nueva.

Su aparición en la sociedad hizo que algunos se mostraran escépticos sobre sus motivos, y que otros lo odiaran por su reticencia a participar y disfrutar tanto de las tradiciones como de las costumbres establecidas.

Sin embargo, a otros los acosaron abiertamente, les causaron daños, les hicieron encarcelar como enemigos del Estado e incluso les impusieron la pena de muerte a estos “traidores”, también les confiscaron cualquier propiedad que pudieran tener, especialmente si eran ciudadanos ricos y notables.

En medio de esta “era de malos sentimientos”, una persona bien instruida envió una carta de consulta a otra persona que también lo era, haciendo preguntas concretas sobre esta nueva religión.

El primero era un pagano y el segundo un cristiano de buena fe.

Aunque la historia no cuenta con la carta original de consulta, se ha conservado la respuesta a esa carta. Hoy sigue siendo una exquisita visión de tanto la profundidad como convicción de un verdadero creyente y discípulo de Jesucristo, incluso en, y especialmente en, un entorno hostil y peligroso.

Conocida como la *Carta a Diogneto*, los eruditos admiten que data efectivamente de principios del siglo II. El autor, aunque no se nombra, responde con esta descripción de primera mano de las creencias, motivos, ideología y forma de vida de un cristiano.

A la luz de nuestra celebración del Día de Todos los Fieles Difuntos, así como de las próximas temporadas de Adviento y Navidad, podríamos encontrar aquí la clave de la vida después de la muerte e, incluso ahora, la paz en la tierra:

“Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. ... Habitan en su propia patria,

pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho. ... Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria. ... Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo. ... El alma inmortal habita en una tienda mortal; también los cristianos viven como peregrinos en moradas corruptibles, mientras esperan la incorrupción celestial. ... También los cristianos, constantemente mortificados, se multiplican más y más. Tan importante es el puesto que Dios les ha asignado, del que no les es lícito desertar”.

Hay muchos más párrafos que componen la *Carta a Diogneto*, pero, para mí, estos pocos pensamientos me inspiran confianza en Dios y en la santa sabiduría de Jesús al vivir entre nosotros visiblemente en la tierra y ahora invisiblemente con nosotros hasta que regrese en gloria. Nuestra religión no debe ser una herramienta de poder o algo que el mundo pueda considerar un éxito.

El Segundo Mandamiento dice claramente: “No tomarás en falso el nombre del Señor tu Dios”, lo que significa no invocar nunca la religión como medio para un fin mundano.

Y así, en estos días, pensamos en la vida y enseñanzas de Jesús como el camino que conduce a los seres humanos a una forma de vida que tiene profundidad de significado; una vida de plenitud en auténtica nobleza; un camino de bendito descanso y paz en la tierra. ■